

45447

Febrero 19/174

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIBICAS.

LA
MUJER DE ULISES,

JUQUETE C6MICO EN UN ACTO, EN VERSO.

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

CUARTA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, -40, -26

1874.

L47 - 6464

99-6^{or}

EL PASO

PROPERTY OF THE BOARD

MILNER DE LUBNER

EL PASO

EL PASO

EL PASO

EL PASO

EL PASO

L47-6964

LA MUJER DE ULISES.

Toré Rodríguez

LA MUJER DE ULISES,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe de esta corte en
el mes de Octubre de 1865.

CUARTA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSALIA.....	Doña JOSEFA HIJOSA.
DOÑA CASTA.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
PASCUAL.....	DON ANTONIO ZAMORA.
JOSÉ.....	DON MARIANO FERNANDEZ.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A ANTONIO ZAMORA.

Este juguete, que no vale nada, ha adquirido á mis ojos gran valor por haberlo hecho cuatro artistas que aunque no cantan, son, sin duda alguna, de *primísimo cartello*.

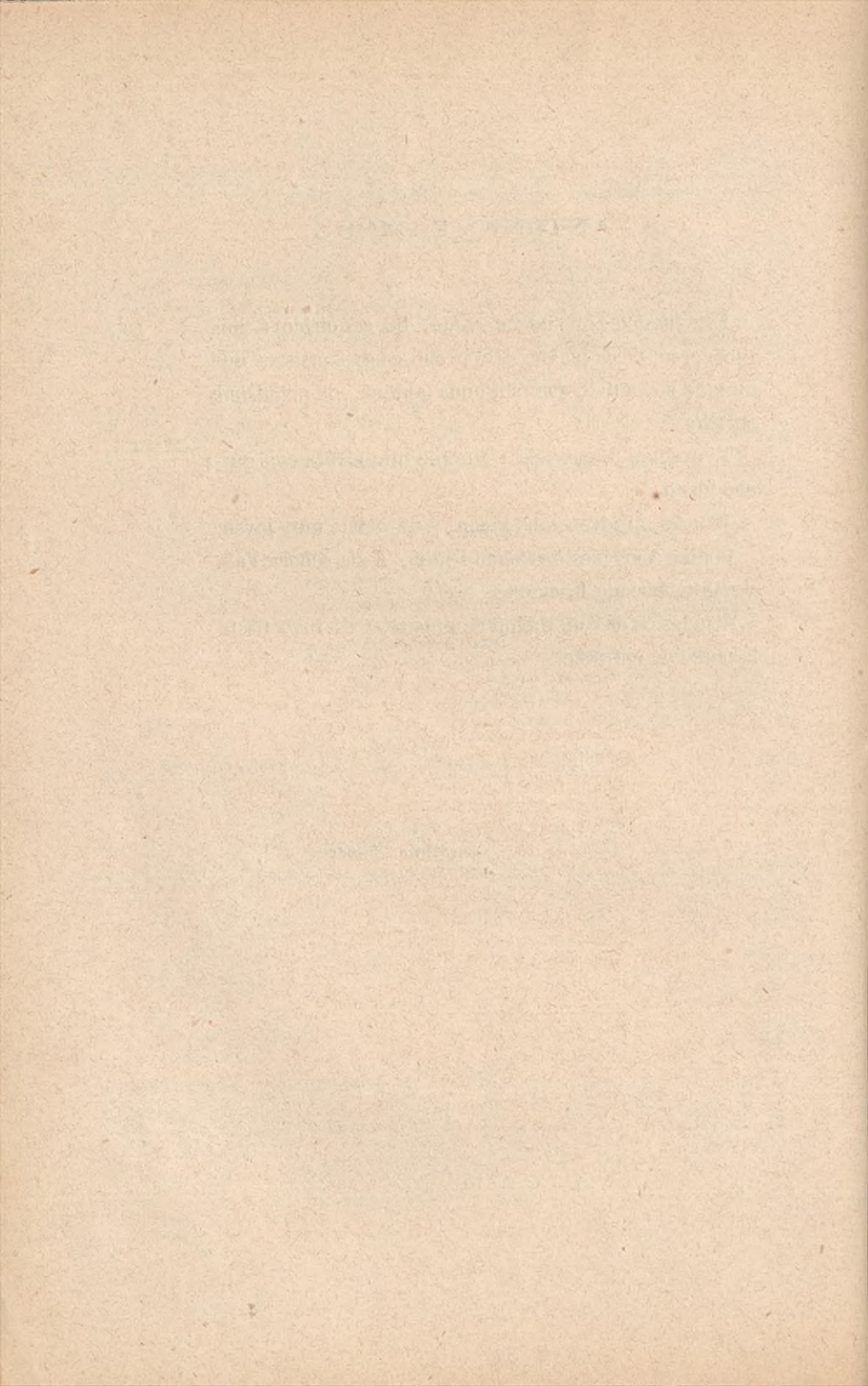
Te prometí dedicártelo y cumplo mi palabra con mucho gusto.

Tú eres un *jóven muy galan*, y un *galan muy jóven*.

Ponme á los piés de Pepita Hijosa, de la señora Valverde y Mariano Fernandez.

Á todos os doy un millon de gracias, y es tuyo hasta la pared de enfrente

Eusebio Blasco.



Plasco (Emebio)

La mujer de Mises,
Opusete cómico en un acto,
ou verso

Grasta edición.

Madrid-Tore Rodriguez
1874

8^o m. n.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Velador con libros y cesta de costura.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ, ROSALÍA.

- JOSE. ¡Ya sabes que me disgusta que no estando en casa yo entren amigos en casa! Prudencia y moderacion. Yo me marcho al Escorial; el tren se marcha á las dos, son las dos ménos cuarenta y me voy á la estacion.
- ROSALIA. ¿Pero no llevas baul?
- JOSE. ¿No te he dicho ya que no? Sólo pienso estar dos dias en el Escorial. Adios. ¡Cuidadito, Rosalía, con olvidar la leccion!
- ROSALIA. ¡No seas atroz, Pepito! ¡Pepe, no seas atroz!
- JOSE. Ya me has dicho atroz tres veces.
- ROSALIA. Y lo diré ciento dos

si veo que continúas
desoyendo la razón.
¿Por qué has de desconfiar
de tu mujercita?

JOSE. Yo?

ROSALIA. Sí señor, tú desconfías.

JOSE. ¡No señora!

ROSALIA. ¡Sí señor!

JOSE. Y aunque así fuera, yo tengo
mis motivos, ¡no que no!
La soledad, tu carácter,
el peligro... la ocasión...

ROSALIA. Yo sé lo que debo hacer.

JOSE. Pues haz lo que digo yo.
Ni saldrás sola de casa
ni abrirás aquel balcon.

ROSALIA. ¿Pues qué he de hacer?

JOSE. Ocuparte

en terminar la labor.
¡Bórdame unas zapatillas!

ROSALIA. ¡Jesús!

JOSE. Pero no, no, no,
más valdrá que me repases
el *chaqué*; tiene un boton...

ROSALIA. ¡Ay, qué atroz eres, Pepito!

JOSE. ¿Otra vez?

ROSALIA. Anda con Dios...

JOSE. ¡Cuidadito, Rosalía,
con dar algun tropezon!
mira que tengo presente
cuando en el circo de Paul
te dijo un teniente...

ROSALIA. Ah, sí,
que me parecía al sol.

JOSE. Ya, pero yo fui la luna
y hubo eclipse.

ROSALIA. ¡Picaron!

JOSE. ¿Y aquella noche en el Prado
cuando á la luz de un farol
te regaló dos naranjas
aquel músico mayor?

ROSALIA. ¿Pepe?

JOSE. ¡Yo ya no soy Pepe,
soy un turco!

ROSALIA. ¡Y un atroz!

JOSE. ¿Caramba con la palabra!

ROSALIA. Oyeme con atencion.
Tú desconfias de mí,
y yo al fin y al cabo soy
una mujer que se queda
sin un guía protector...

JOSE. ¡En mi casa no entran guías!

ROSALIA. ¿Y si hubiera una ocasion?

JOSE. Haz cuenta que soy Ulises
y tú Penélope.

ROSALIA. ¿Yo?

JOSE. ¿No conoces esa historia?
Pues oye con atencion:
Penélope era una griega
de acrisolado pudor,
y se casó con Ulises,
que era un celoso... feroz.
Partió Ulises á la guerra,
y su mujer se quedó
como se quedan las flores
cuando se retira el sol.
No faltaron unos cuantos
amigos de aquel señor
que iban á ver á la esposa...
con la más sana intencion!
Que en Grecia como en Madrid
y como en Sebastopól,
nunca faltan buenas almas
que aprovechan la ocasion.
Penélope, esposa fiel
como tal vez no haya dos,
se puso á bordar un velo
no sé bien de qué color,
y cuando algun pretendiente
solicitaba su amor,
decía ella... «en acabando
esta tela, tuya soy.»
Pero había mucha tela
y fué eterna su labor;

pues deshacía de noche
lo que de día bordó.

ROSALIA. Chico, me gusta la historia,
mas... oye una observacion.
Comprendo todo eso en Grecia,
y en otro tiempo mejor.
Yo sé de algunas Penélopes
que bordan en tul y en gró;
pero en Madrid no hay costumbre
de deshacer la labor.

JOSE. ¡Ea, abur!

ROSALIA. ¡Oye!

JOSE. ¡Canastos!

ROSALIA. (¡Pobrecillo!)

JOSE. ¡Adios!

ROSALIA. ¡Adios!

(Llega hasta la puerta del foro; le ve marchar y
baja al proscenio.)

ESCENA II.

ROSALIA, al público.

Marido viejo y celoso
que vive siempre hecho un Argos
y hace á su costilla cargos
enamorado y furioso,
hace el oso,
y sufre... ¡lo que yo sé!
que en este pícaro mundo,
quien más mira, ménos ve.

—
Mi marido ha contraido
esa horrible enfermedad,
¡y... es una calamidad
que esté enfermo mi marido!

Yo le cuido;
le digo... ¡tu amor me inflama,
ten fe en mi amor! Y el maldito
tiene fe... pero se *escama!*

—
Quien sospecha sin razon

y rinde á la duda culto,
y anda buscándola el bulto
á una sombra, á una vision...
da ocasion
á que una quiera faltar:
si no hay confianza en una...
dónde vamos á parar?

Tiene el hombre la manía
de celar nuestros encantos;
¡y hay tantos maridos, tantos
que están en la cofradía!
¡Tontería!
¡Pobres hombres! Pues no sé!
si una quisiera engañarles...
¡digo! figúrese usted!

ESCENA III.

ROSALÍA, PASCUAL.

PASCUAL. ¿Hay permiso?

ROSALIA. Caballero...

PASCUAL. (Llegó el momento.)

ROSALIA. (Esa cara...)

PASCUAL. Si usted no se molestára...

ROSALIA. Póngase usted el sombrero.

PASCUAL. (Quitándoselo.)

(Es verdad, soy lo más lerdo!...

en viéndola me atortolo.)

Yo soy...

ROSALIA. Sí, don...

PASCUAL. Pascual Polo.

ROSALIA. Es verdad; ahora recuerdo...

PASCUAL. Nos vimos hace dos años...

ROSALIA. ¡En Alhama!

PASCUAL. Sí, señora.

Bendita sea la hora
en que llegué yo á los baños.
Desde entónces hasta hoy,
desde entónces hasta hoy,
en qué consiste no sé,

pero yo la veo á usted
por donde quiera que voy.
Varias veces la he seguido
y hasta aquí nunca he llegado;
hoy vengo bien informado
y aquí estoy, porque he venido.

ROSALIA. Aunque no debo escuchar
lo que me puede ofender,
le oiré á usted, por saber
dónde va usted á parar.

PASCUAL. ¿Recuerda usted aquella tarde
que yo la llevé del brazo,
y á más de darme un bromazo
usted me llamó cobarde?
Y el diálogo placentero
que con usted entablé,
mientras su papá de usted
se fumaba un coracero?
Y cuando en un fuerte arranque
de amor, por verle á usted el pie
la cabeza se me fué
y me caí en el estanque?

ROSALIA. ¡Es verdad!

PASCUAL. ¡Cuánto sufrí!

ROSALIA. ¿De veras?

PASCUAL. Me dí por muerto.

ROSALIA. ¿Temió ahogarse?

PASCUAL. Si por cierto,
me llegaba el agua... aquí.
(Tocándose la bota.)

ROSALIA. Perdone usted mi extrañeza
al oír sus aprensiones,
con el agua á los talones...

PASCUAL. ¡Es que caí de cabeza!

ROSALIA. (¡Tiene gracia!)

PASCUAL. (Á ver si así...)

ROSALIA. ¡Puedo saber el objeto
que le trae?

PASCUAL. Es un secreto
que tengo guardado aquí.
(Señalando al corazón.)
Vengo á declararle á usted...

(Después de una pausa, durante la cual mira á todos lados.)

¡Que la adoro! (Arrodiándose.)

ROSALIA. ¡Caballero!

PASCUAL. La ofrezco un amor sincero.

ROSALIA. Muchas gracias.

PASCUAL. No hay de qué.

Y de aquí no salgo yo
sin que usted me haya hecho caso.

Salgamos pronto del paso:

¿me quiere usted? si ó no?

ROSALIA. Alce usted!

PASCUAL. (Se levanta.) ¡Ay, qué mirada!

ROSALIA. En su ignorancia se escuda...

usted ignora sin duda...

PASCUAL. ¿El qué?

ROSALIA. (Con gravedad cómica.) ¡Que yo soy casada!

PASCUAL. Ya lo sabía.

ROSALIA. ¡Muy bien!

PASCUAL. Como ese pecho se ablande...

ROSALIA. ¡Soy casada!

PASCUAL. Si lo grande

es que yo lo soy también!

ROSALIA. Es que debe usted saber
que si yo me echo en el surco...
mi marido es como un turco.

PASCUAL. ¡Qué bárbaro debe ser!
¿Está usted esclavizada?
pues yo creo que no debe
adorar á quien se atreve
á tenerla á usted enjaulada.

ROSALIA. ¡Oiga!

PASCUAL. Haga usted como yo.

Mi mujer era coqueta

y un día le dí soleta.

ROSALIA. ¿De veras?

PASCUAL. ¡Pues no, que no!

Si usted con bondad notoria
quiere oirme un solo instante...

ROSALIA. Sí; pasemos adelante,
cuénteme usted esa historia.

PASCUAL. Renegando de mis daños

y de mi suerte fatal,
me fuí á echar al canal
un mártes, hace dos años.
Sin penas y sin temor
dije al mundo: ¡hasta más ver!
cuando pasó una mujer
y lanzó un grito de horror.
Le dí un soberano susto,
esto me causó un sonrojo,
y yo dije: si me arrojo
le voy á dar un disgusto.
Mis intentos reprimí
y observé que me observaba...
siempre que yo la miraba
ella me miraba á mí.
Por qué me estuvo observando,
ni cuándo, ni cómo, sé,
de modo que aquello fué
sin saber cómo ni cuándo.
Entre el canal y una bella
no es dudosa la eleccion;
consulté á mi corazon
y se decidió por ella.
Al mes y medio cabal
de aquella rara aventura
me uní con tal criatura
en lazo matrimonial.
Casta se llamaba... y basta;
por llamarse así la amé.
¡Ay! Yo á mi Casta adoré...
¡y hoy reniego de mi Casta!
¡Señora, vaya un petardo!
yo la tomé por hermosa
y luego ví que mi esposa
parecía un leopardo.
Todo en ella era blanquete,
y sus dientes, y sus rizos...

ROSALIA. ¿Eran postizos?

PASCUAL. ¡Postizos!

Y su color, colorete.

ROSALIA. No hable usted con tal despego
de esa mujer infeliz.

- PASCUAL. ¡Qué! Si tiene una nariz
como una manga de riego!
- ROSALIA. Confie usted en que un día
tal vez á adorarla empiece.
- PASCUAL. ¿Qué he de adorar? ¡Si parece
la estampa de la heregía!
No puedo estar á su lado.
- ROSALIA. Será una mujer... gazmoña?
- PASCUAL. ¡Es un demonio con moña!
¡Los disgustos que me ha dado!
Siempre recuerdo que un día
cuando yo la pretendí
le dije con frenesí:
¡Casta, te me comería!
- ROSALIA. ¡Jesús!
- PASCUAL. Y nunca me olvido
de la frase ni un momento.
¡Si viera usted cuánto siento
el no habérmela comido!
¡Se me fugó de la córte!
- ROSALIA. ¿De veras?
- PASCUAL. ¡Sí!
- ROSALIA. ¡Dios me asista!
¿Con quien?
- PASCUAL. Con un maquinista
del ferro-carril del Norte.
Le digo á usted que es atroz,
insufrible, atrabiliaria,
estrepitosa, incendiaria,
incandescente, feroz!
En cambio usted, tan amable,
tan bonita, tan sincera,
tan pura, tan hechicera,
tan dulce, tan apreciable,
tan buena, tan candorosa,
tan sensible, tan esbelta,
tan valiente y tan resuelta,
tan bella y tan bondadosa,
sabr  comprender mi amor
y mi ardiente fantasía:
quírame usted, Rosalía,
hágame usted ese favor!

- ROSALIA. ¡Qué ademanes y qué muecas!
Exagera usted por diez.
¿Es usted andaluz, tal vez?
- PASCUAL. No señora: de Vallecas.
¡Quiero darle á usted al momento
pruebas de amor!
- ROSALIA. ¡Uy, qué voces!
- PASCUAL. Pruebas inmensas, feroces,
cuarenta! cincuenta! ciento!
Hable usted ya, que me ahogo,
en servirla á usted me aferro,
señora, yo seré un perro,
sí señora, un perro dogo.
- ROSALIA. ¡¡Basta, basta, seductor!!
(Con exageracion cómica.)
(Á ver si así le contengo.)
¡Basta, basta! que no tengo
para escucharte valor!
- PASCUAL. ¡Júrame que me has de amar!
fuerza es que mi muerte evites.
- ROSALIA. ¡Mira, no te precipites,
que me vas á disgustar!
- PASCUAL. ¡Óyeme, prenda adorada!
- ROSALIA. Ya te escucho, dulce encanto,
pero no alborotes tanto,
que estoy algo delicada.
- PASCUAL. ¿Cuándo se colma mi anhelo?
- ROSALIA. (¡Vaya un compromiso!)
- PASCUAL. ¿Cuándo?
- ROSALIA. (¡Ah, qué idea!) En acabando
de bordar este pañuelo.
(Á ver si así le distraigo
y se va pronto de aquí.)
- PASCUAL. ¿Pero y el pañuelo?
- ROSALIA. Ah, sí.
- PASCUAL. ¡Deprisita!
- ROSALIA. ¡Sí; ya caigo! (pausa.)
¡Mi marido es muy celoso,
muy celoso!
- PASCUAL. Por favor,
no hablemos de ese señor.
- ROSALIA. (¡Como te coja mi esposo!)

Hace un año me rondaba
un militar.

PASCUAL. ¡Ah, valiente!

ROSALIA. Me hacía el oso atrocamente.

PASCUAL. Ya.

ROSALIA. Conzalvo se llamaba.

PASCUAL. ¿Y usted?

ROSALIA. Siempre que observé
que él rondaba, en seguidita
salía yo cogidita
del brazo de mi José.

PASCUAL. ¡Qué horror! y el señor Gonzalvo,
ardiendo de amor y celos,
se arrancaría los pelos?

ROSALIA. ¡Cá! no, señor. ¡Si era calvo!
para todos soy yo sorda.

PASCUAL. Ya hablaremos otro día.
Acabemos, Rosalía.

ROSALIA. ¿Qué?

PASCUAL. ¿Se borda ó no se borda?

ROSALIA. ¡Ay, es verdad!

PASCUAL. ¡Ay, qué alma!

ROSALIA. Voy á acabar allá dentro.

PASCUAL. Pero...

ROSALIA. Le saldré al encuentro.

PASCUAL. ¡Pero es que no tengo calma!

ROSALIA. Vuelvo muy pronto, muy pronto.
Hasta luégo.

PASCUAL. Aquí estaré.

ROSALIA. (¡Vaya todo por José!)

PASCUAL. (¡Pobre mujer!)

ROSALIA. (¡Pobre tonto!)

ESCENA IV.

PASCUAL, despues JOSÉ.

PASCUAL. La espero; el buen cazador
debe esperar la perdiz
para comérsela luégo
arregladita en salmí.
¡Si soy yo lo más lagarto!

- JOSE. Me he lucido!
- PASCUAL. Soy feliz.
- JOSE. Se marchó el tren y no he visto
á mi conquista. En Madrid
no hay un hombre más fatal.
¿Qué habrá pensado de mí?
- PASCUAL. (Canta.)
«Yo soy el nego Domingo...»
- JOSE. (¿Quién es este zarramplin?)
- PASCUAL. Lan, larán...
- JOSE. Un hombre en mi casa...
- PASCUAL. (Viéndole y levantándose.)
(¡Hola!)
- JOSE. (Lo voy á partir.)
Caballero...
- PASCUAL. Señor mio...
- JOSE. (¡Qué tracita de de dandy!)
- PASCUAL. (¿Será este algun otro quidam
como el Gonzalvo? ¡Ay! aquí,
por lo visto, somos muchos
para cazar la perdiz.)
- JOSE. ¿Podré saber, caballero,
qué es lo que hace usted allí?
- PASCUAL. ¿Podré saber yo por qué
me habla usted con retintin?
- JOSE. ¿De veras, eh? (¿Á que le pego
dos puntapiés?)
- PASCUAL. Hombre, sí.
No parece sino que
trae usted aquí algun fin.
- JOSE. ¿Usted espera aquí algo?
- PASCUAL. ¡Pues!...
- JOSE. (Te veo de venir.)
- PASCUAL. Aguardo á cierta señora
que saldrá pronto por mí,
y como tengo que hablarla
de un asunto urgente... en fin...
- JOSE. Yo estorbo...
- PASCUAL. ¡Precisamente!
(Ya la he soltado.) Á vivir.
- JOSE. ¡Já, já, já!
- PASCUAL. (¡Creo que pronto

- JOSE. va á haber la de San Quintín!)
Sin duda está usted engañado.
La señora que está ahí
sólo puede hablar conmigo.
- PASCUAL. No sea usted infeliz.
(Acercándose con misterio.)
¡Si soy yo el amo!
- JOSE. ¡Un demonio!
- PASCUAL. ¿Qué es eso?
- JOSE. ¡Largo de aquí!
- PASCUAL. Caballero...
- JOSE. ¡Que te rompo
el esternon! Zascandil,
yo soy el amo en mi casa.
- PASCUAL. ¿Cómo? qué?
- JOSE. Á tiempo te ví.
¡Soy el marido!
- PASCUAL. (Marchándose.) ¡Canastos!
- JOSE. No, no sale usted así.
Lo voy á hacer pedacitos.
- PASCUAL. Pero hombre...
- JOSE. Y se ha de batir ..
¡Qué batir! se ha de dejar
hacer añicos!
- PASCUAL. ¿Á mí?
(¡Yo que pensé que este hombre
se había ido de Madrid!)
Dispense usted.
- JOSE. Dispensar...
No sé si tardo á venir...
Rosalia sale. Vamos.
- PASCUAL. Dónde?
- JOSE. Siga usted. Allí
acabaremos los dos
de entendernos.
- PASCUAL. Me luci.
- JOSE. Y lo que es ella, que tiemble.
- PASCUAL. Pase usted.
- JOSE. ¡Vamos! ¡Así!
(Empujándole para que entre en el cuarto de la de-
recha.)

ESCENA V.

ROSALÍA.

No está. ¡Bah! si es un chiquillo!
de qué me ha servido á mí
estar encerrada allí
deshaciendo el dobladillo!
Está una á cada momento
en un tris; y hay tantos trises!
más soy la mujer de Ulises,
Pepe puede estar contento.

ESCENA VI.

ROSALÍA, DOÑA CASTA.

CASTA. Éste debe ser el cuarto...

ROSALÍA. ¿Quién?...

CASTA. Servidora de usted.

ROSALÍA. (¡Jesús, qué vieja más rara!)

CASTA. ¿No vive aquí don José
Peralejo?

ROSALÍA. (Vaya un tipo.

¿Quién demonios podrá ser?)

CASTA. ¿Es usted muda, señora?

ROSALÍA. (¡Soberbia desfachatez!)

Aquí vive el que usted busca.

CASTA. ¡Sí! Pues le tengo que ver.

ROSALÍA. No está en casa.

CASTA. ¿Que no está?

Corriente; le aguardaré. (Se sienta.)

ROSALÍA. No está en Madrid.

CASTA. ¡Se ha fugado!

Ay, Dios! Sosténgame usted!

Me ha hecho correr un bromazo!

ROSALÍA. Yo no llego á comprender...

CASTA. Conque se fué de Madrid?

ROSALÍA. Si tal.

CASTA. ¿Y por qué se fué?

ROSALÍA. Porque le dió la real gana.

- (¡Caramba con la mujer!)
- CASTA. ¡Usted será su doncella?
- ROSALIA. ¿Cómo?
- CASTA. Ya me figuré...
- ROSALIA. Está usted equivocada.
- CASTA. Pues entónces ¿qué es usted?
- ROSALIA. Soy su señora.
- CASTA. ¡Yo muero!
yo voy á dejar la piel...
Diga usted que me administren
dos ó tres tazas de té...
su esposo de usted es una
serpiente de cascabel.
- ROSALIA. Poco á poco.
- CASTA. ¡Sí, señora!
Un tiburón con *chaqué*.
- ROSALIA. Basta de insultos.
- CASTA. Las cosas
que me han pasado con él!
- ROSALIA. ¿Cómo, cómo?
- CASTA. Son horrrrrribles!
- ROSALIA. Señora, explíquese usted!
- CASTA. Quiere usted...
- ROSALIA. Sí.
- CASTA. (Sentándose.) Pues comienzo. (Pausa.)
Yo soy muy sensible.
- ROSALIA. Y qué?
- CASTA. ¡Que soy muy sensible!
- ROSALIA. ¡Bueno!
- CASTA. Y hará ocho días ó diez
que fuí á un baile.
- ROSALIA. Comprendo;
al último del marqués...
- CASTA. No tal.
- ROSALIA. Ó al del conde...
- CASTA. No;
á Capellanes.
- ROSALIA. ¡Muy bien!
- CASTA. Estaba muy abatida,
y no sabiendo qué hacer,
me puse un traje de turca...
- ROSALIA. Ya.

CASTA. De color de café.
Entré con firme propósito
de no descubrirme...

ROSALIA. ¡Pues!

CASTA. Yo soy toda una señora,
y no hubiera estado bien
descubrir allí mi rostro;
me hubieran podido ver
mis amigos. ¡Tengo tantos!
yo soy sobrina de un juez,
y tengo en Vitigudino
dos fábricas de papel.

ROSALIA. (¡Qué charlar!)

CASTA. Pues como digo,
en el momento que entré
me rodearon los pollos,
y me llamaban *su bien*,
su media naranja, su...
en fin, palabras de miel.
Uno de ellos le decía
á otro que hablaba con él:
¡ay, chico, valiente turea!
¡quién la pudiera coger!
Al oír aquellas cosas,
señora, créame usted,
me subían vaporcitos
al rostro; yo soy mujer
que en oyendo cosas dulces
no me puedo contener.
En esto llegóse á mí
un jóven, ¡jóven cruel!
y me dijo: ¿bailas, niña?
y yo dije: bailaré.
¿Sabe usted quién era el monstruo?

ROSALIA. ¿Quién?

CASTA. ¡Su marido de usted!

Bailamos des habaneras
y pasamos al buffet.
Yo estaba muy desganada,
y sólo pude comer
un poco de jamon dulce,
un pollo frito, un biftek,

dos raciones de merluza
y una copa de Jerez.

ROSALIA. ¿Y qué más pasó?

CASTA. ¿Qué más?

ahora lo va usted á saber:
me llamó prenda adorada
y palomita sin hiel;
me dijo que era teniente
de coraceros del rey...

ROSALIA. ¡Teniente! ¡Jesús, qué pillo!

CASTA. Y me regaló un pastel:
lo guardo como recuerdo:
aquí está. (Lo saca del bolsillo.)

ROSALIA. Démelo usted. (Lo coge.)

CASTA. ¿Qué intenta usted, temeraria?

ROSALIA. ¡Se lo voy á hacer comer!

CASTA. Reventará de seguro.

ROSALIA. Mejor!

CASTA. ¡Mejor! Eso es.

ROSALIA. ¿Mi esposo ha visto esa cara?

CASTA. No me descubrí.

ROSALIA. (¡Oh placer!)

CASTA. Me acompañó hasta mi casa
y me citó para el tren...

ROSALIA. ¿Cómo?

CASTA. Sí tal; me propuso
que fuéramos á Aranjuez
á pasar allí dos días.
Llego hoy en punto á las tres
á la estación, y ni rastro:
no estaba.

ROSALIA. ¡Qué avilantez!

(Esos eran los negocios
y el viaje; ¡ay, José! José!
¡Pobre de tí en cuanto vuelvas!)
Señora, sígame usted.

CASTA. ¿Adónde?

ROSALIA. Quiero vengarla.

CASTA. ¿Cómo?

ROSALIA. Usted misma ha de ser
quien se tome la justicia
por su mano.

CASTA. Sí lo haré.

ROSALIA. Quiere usted quedarse aquí
hasta que él vuelva?

CASTA. ¡Eso es!
Comprendo. Me quedo aquí,
sí, señora.

ROSALIA. Está muy bien,
allí hay un cuarto apropiado.
Ese es su cuarto de usted.

CASTA. ¡Oh amor, amor, cuánto puedes!
(Entrando en el cuarto de la izquierda.)
¡Hasta luego!

ROSALIA. ¡Hasta despues!

ESCENA VII.

ROSALÍA.

Fíese usted en los maridos,
sea usted buena mujer:
¡vamos, si no puede ser!
¡los hombres están perdidos!
¡Qué atrevidos,
y qué monstruos de maldad!
¡No hay quien les sufra, señores,
es una barbaridad!

—
En ellos todo está bien,
en nosotras todo mal;
nos predicán la moral
y nos arman un belén;
y es que ven
nuestra proverbial flaqueza;
y así se pasan la vida
sin un dolor de cabeza!

—
¡Hombres! pícaros *traviatos*,
si nos amais, pesiamí,
por qué nos tratáis así?
¡Hombres, no seáis ingratos!
Feos tratos
os llevan del vicio en pos...

¡Caramba! ¿Pues qué, nosotras
no somos hijas de Dios?

—
Porque aquel pícaro Adan,
que era un Adan de primera,
obedeció á su hechicera
costilla, como un buen Juan,
todos dan
contra nosotras; ¿por qué?
Si Eva tuvo sus deslices,
¿á mí qué me cuenta usted?

—
Amor es juego inocente;
hombres y mujeres juegan,
los que saben más la pegan,
esto es moneda corriente.

Solamente
que siempre burla burlando,
nosotras vamos perdiendo
y ellos se salen ganando.

—
Pero esto va á acabar mal,
yo voy á dar el ejemplo;
¿de qué sirve alzar un templo
á la dicha conyugal?

La moral
tendrá que hacerse la sorda,
no háy más, señoras mujeres,
es preciso armar la gorda.

—
¡Llegue el suspirado día!
hagamos una que suene!
esto es lo que nos conviene!
falsía contra falsía!

¡No hay tu tia!
los vamos á divertir!
quien tal hizo, que tal pague!
¡ancha Castilla! ¡á vivir!

ESCENA VIII.

ROSALÍA, JOSÉ.

JOSE. ¡Vuelvo! (Á Pascual, que queda dentro.)

ROSALIA. (¡Él aquí!)

JOSE. (Esta es la mia

¡No te espera mal julepe!)

ROSALIA. (¡Qué gravedad! Quién diría!...)

JOSE. Adios, doña Rosalía. (Intencion.)

ROSALIA. ¡Felices, señor don Pepe! (Pausa.)

Pronto has vuelto!

JOSE. (Está de *guasa*.)

Pues tengo bonito humor.

ROSALIA. ¿Vienes malo? ¿Qué te pasa?

JOSE. (Cogiéndola por la mano y con acento trágico.)

Vengo á buscar á mi honor!

¿Dó está mi honor?

ROSALIA. (Con gravedad cómica.) No está en casa.

JOSE. ¡Mira que soy una fiera!

ROSALIA. Lo sé; tu honor, que era el mio,
se fué esta mañana fuera...

JOSE. ¿Cómo?

ROSALIA. Metido en un lio
en un wagon de primera.

JOSE. ¡Con cinco mil de á caballo!
no me levantes el gallo!

ROSALIA. Pepito, no hagas el bú,
que en ese lio que callo,
el gallo que hay, eres tú.

JOSE. Desde que yo me marché,
infel, qué has hecho? Habla; ¿qué?

ROSALIA. Me puse á bordar un velo;
digo mal, era un pañuelo.

JOSE. ¿Lo acabaste?

ROSALIA. Lo acabé.

JOSE. ¡Ay, yo muero!

ROSALIA. Hondo suspiro
por tí exhalaba...

JOSE. ¡Yo espiro!

ROSALIA. Y tú entre tanto, traidor,

- buscabas un nuevo amor...
- JOSE. ¡Y no hay quien me pegue un tiro!
- ROSALIA. Tú, que me llamas infiel,
tú que celoso y cruel
predicas sana moral,
tú, que me juzgas tan mal,
conoces este pastel?
- JOSE. (Hace un gesto de sorpresa y disgusto, en seguida toma el pastel y lo muerde, y dice despues de una pausa y devolviendo á Rosalía el pedazo que queda.)
No sé quién es.
- ROSALIA. Hoy tus planes
la casualidad deshizo;
no en disculparte te afanes,
el pastel nació en el Suizo
y se educó en Capellanes!
No te turbes. Lo sé todo.
- JOSE. Óyeme.
- ROSALIA. De ningun modo,
juraste amor...
- JOSE. Si juré,
pero fué porque...
- ROSALIA. ¿Por qué?
- JOSE. Estaba un poco beodo.
- ROSALIA. Eso no es cierto.
- JOSE. Si es.
- ROSALIA. Tú bailaste una mazurca
con una turca...
- JOSE. ¿Lo ves?
¿Cómo dices que no es
verdad que cogí la turca?
- ROSALIA. Era de carne y de hueso.
- JOSE. Y aunque fuera cierto eso...
- ROSALIA. Bailar con una estantigua
que no es tu esposa, es exceso.
- JOSE. Esa es la moral antigua.
- ROSALIA. Quien no tiene la razon
en vano el ingenio aguza.
¡Negarás en conclusion
que en aras de tu pasion
la convidaste á merluza?

- JOSE. Oye, y hablemos de tí.
ROSALIA. No tal.
JOSE. Que me estás faltando!
ROSALIA. Tú me faltastes á mí,
y pues me estoy vindicando
no debo quedar así.
JOSE. En vano arguyes y chillas
y á denuestos me acribillas;
te has sabido aprovechar
de mi ausencia para amar
á un hombre con melenillas!
La que olvidando el deber
en brazos de un ser ixiguo
busca amoroso placer,
castigada debe ser.
ROSALIA. ¡Ese es el sistema antiguo!
JOSE. Tengo pruebas de tu engaño.
ROSALIA. Yo las tengo irrecusables
del tuyo, para tu daño.
JOSE. De tu proceder extraño,
tengo yo pruebas palpables.
ROSALIA. Muéstralas; vamos á ver.
JOSE. Las tuyas se han de saber.
ROSALIA. ¡Admito el cambio!
JOSE. ¡Ay de tí!
ROSALIA. ¡Salga usted! (Á Doña Casta.)
JOSE. (Á Pascual.) ¡Venga usted aquí!
CASTA. ¡Mi marido! (Viendo á Pascual.)
PASCUAL. (Viendo á Casta.) ¡Mi mujer!

ESCENA IX.

ROSALIA, DOÑA CASTA, JOSÉ, PASCUAL.

- ROSALIA. ¿Qué es esto?
PASCUAL. ¡Es ella! Mi esposa!
CASTA. No me cabe duda, es él.
Ya me ruborizo toda.
JOSE. ¿Y esta señora, quién es?
CASTA. ¿No me conoces, traidor? (Á José.)
JOSE. Ni ganas.
ROSALIA. Pues esta fué

- la del baile.
- JOSE. Me he lucido.
- PASCUAL. ¿Se ha enamorado de usted?
pues quédese usted con ella.
- JOSE. Pero hombre, qué fea es!
compadezco á su marido.
- PASCUAL. Mil gracias; es mi mujer.
- CASTA. (Tendremos que apechugar.)
- ROSALIA. El cielo le trajo á usted...
ahí tiene usted á su señora.
- JOSE. ¡Ay! ¡De buena me libré!
- CASTA. Pobrecito de mi vida,
(Á Pascual.)
no puedo vivir sin él.
- PASCUAL. Calle usted, por Dios, señora.
Sí señor. (Á José, que le indica que se vaya.)
Ahora me iré.
Qué lástima... Hasta otro día.
- ROSALIA. No piense usted en volver,
estaremos ocupados.
- PASCUAL. Lo creo, no volveré.
- CASTA. Calle de la Berengena,
número cuarenta y seis,
cuarto tercero, escalera
interior, número tres,
tienen ustedes su casa.
¡Serpiente! (Á José, dándole un pellizco.)
- JOSE. ¡Ay!
- PASCUAL. Hasta más ver.

ESCENA ÚLTIMA.

ROSALÍA, JOSÉ.

- JOSE. ¡No lo acabó. Qué temores!
(Mirando el pañuelo que bordaba Rosalía.)
- ROSALIA. Pide perdón.
- JOSE. Si tú puedes (Se arrodilla.)
perdonar los sinsabores...
- ROSALIA. ¿Qué tal? Aprendan, señores; (Al público.)
á esto se exponen ustedes.
Ego te absolvo. Levanta

no me seas infiel,
ya que con frecuencia tanta
tira el diablo de la manta
y se descubre el pastel.

(Cogiendo el pastel y enseñándolo á José.)

JOSE. No ha sido mala empanada!

ROSALIA. ¡Deja que hasta el fin arrostre
un peligro que me enfada!
Á quien me dé una palmada,
se lo envío para postre.

FIN.

*Habiendo examinado este juguete, no hallo
inconveniente en que su representacion se au-
torice.*

Madrid 2 de Octubre de 1865.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
EUSEBIO BLASCO.

- LA ANTIGUA ESPAÑOLA..... Comedia en cuatro actos en prosa.
- LA MUJER DE ULISES. (Cuarta edición.)..... En un acto en verso.
- LA TERTULIA DE CONFIANZA. En tres actos en verso.
- EL JÓVEN TELÉMACO. (Cuarta edición.)..... Zarzuela en dos actos en verso.
- UN JÓVEN AUDAZ..... Jugnete en un acto en verso.
- EL AMOR CONSTIPADO. En un acto en verso.
- EL VECINO DE ENFRENTÉ. (Segunda edición.)..... En un acto en verso.
- LA SUEGRA DEL DIABLO. ... Zarzuela en tres actos en verso.
- PABLO Y VIRGINIA. Zarzuela en dos actos en verso.
- LOS NOVIOS DE TERUEL..... Zarzuela en dos actos en verso.
- LOS CABALLEROS DE LA TORTUGA..... Zarzuela en tres actos en verso.
- EL ORO Y EL MORO..... Comedia en un acto, en verso.
- LOS PROGRESOS DEL AMOR.. Zarzuela en tres cuadros, en verso.
- LA SEÑORA DEL CUARTO BAJO. Pasillo cómico, en un acto, en verso.
- EL PAÑUELO BLANCO. (Segunda edición.)..... Comedia en tres actos en prosa.
- NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS. Proverbio en dos actos en prosa.
- LA MOSCA BLANCA..... Comedia en tres actos, en prosa.
- LOS DULCES DE LA BODA... Comedia en tres actos, en prosa.
- EL MIEDO GUARDA LA VIÑA.. Proverbio en tres actos, en prosa.
- LA RUBIA..... Comedia en un acto, en prosa.
- EL BAILE DE LA CONDESA... Comedia en tres actos en prosa.
- PASCUALA..... Comedia en tres actos en verso.
- LA PROCESION POR DENTRO. Comedia en tres actos en prosa.

LIBROS.

- OBRAS FESTIVAS EN PROSA.
CUENTOS ALEGRES.
UNA SEÑORA COMPROMETIDA. (Segunda edición.)

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE ENERO DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El honor.....	3	R. de Campoamor.....	Todo.
Blanca Blandini.....	4	E. Zumel.....	»
ZARZUELAS.			
Dos telégramas.....	1	Portero y Segura.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de las Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.
Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.